



Estaba en el aire

SERGIO VILA-SANJUÁN
PREMIO «NADAL» 2013
Editorial Destino, 2013
235 páginas

se encuentran enfermos de preocupar el esmero al escribir, la calidad de la página, de la línea, el repaso del conjunto y su corrección cuando se precise? En la 165 de *Estaba en el aire*, comienza un párrafo con «De vuelta a casa». Dos páginas después, se abre otro con «De vuelta a casa». En la página 187, los tres apartados que van entre blancos principian lo mismo: «En el... En la... En la», sin que tal anáfora marque ritmo ni nada por el estilo. No faltan esas, para mí, tan odiosas construcciones absolutas con su participio inicial (las considero vagancia del narrador, mala copia de los historiadores: manías mías, desde luego): «Crecido a la sombra de la Falange...», por ejemplo. Me desaniman trozos tan llenos de tópicos como «Pese a su físico anodino, Pladevall, como todos los grandes seductores, resulta imbatible en las distancias cortas». Y leer tanto lugar común: «Se quita el camión, que desliza lánguidamente sobre la cama, y ve ante el espejo un cuerpo firme, unos pechos erguidos, un trasero bien moldeado. Levanta el brazo izquierdo y se acaricia la fina axila, perfectamente depilada». En una novela con tanto dato, tantas cosas bien contadas, tan «amable», que, además, se presenta al «Nadal» (con fundadas esperanzas de ganarlo, digo yo), ¿por qué no cuidar ese instrumento básico del escritor que es la calidad de la construcción empezando por los ladrillos, es decir, por las palabras? No lo sé. O sí lo sé: será el signo de los tiempos.

Venenos familiares

Shirley Jackson compone en *Siempre hemos vivido en el castillo* una obra maestra del suspense y la ambigüedad



RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

Jamás debe desdeñarse el arranque de una novela, sobre todo si es una primera persona quien asume la voz narrativa. El tono, el clima, el latido de lo que la obra es y promete a menudo ya se encierra ahí, para bien o para mal. Veamos: «Me llamo Mary Katherine Blackwood. Tengo dieciocho años y vivo con mi hermana Constance. A menudo pienso que con un poco de suerte podría haber sido una mujer lobo, porque mis dedos medio y anular son igual de largos, pero he tenido que contentarme con lo que soy. No me gusta lavarme, ni los perros, ni el ruido. Me gusta mi hermana Constance, y Ricardo Plantagenet, y la Amanita phalloides, la oronja mortal. El resto de mi familia ha muerto».

Shirley Jackson fió a la voz de esta joven, en la frontera entre la niña que ya fue y la mujer que todavía no amaneció, la aventura excéntrica y cruel de una novela que reflexiona sobre el envés de la inocencia y las bendiciones de la crueldad. (El oxímoron es consciente). El resultado fue un texto admirable. Siempre hemos vivido en el castillo, que reserva a la autora de San Francisco un lugar de privilegio en el panteón de los escritores inquietantes. No en vano, la obra de esta autora poco conocida entre nosotros, que murió sin haber cumplido los cincuenta años, ha influido en autores tan deliciosamente perversos como Richard Matheson, el autor de *Soy leyenda*, el prolífico Stephen King o la no menos enciclopédica Joyce Carol Oates, cuyo posfacio cierra la edición de Minúscula.

Siempre hemos vivido en el castillo se mueve en ese terreno fértil pero complejo, entre la alegoría y la literalidad, por el que transitan los cuentos infan-



Siempre hemos vivido en el castillo

SHIRLEY JACKSON
Minúscula, 2012; 222 páginas

tiles. La historia de la familia Blackwood posee algo de las antiguas historias de niños perdidos en el bosque y mucho de un catálogo razonado acerca de la toxicidad de la vida. El talento de Jackson consiste en hacernos deambular por

ambos mundos sin saber nunca bien qué país dejamos atrás: si el del sueño o el de la realidad. Para ello, dos armas finamente dispuestas (que constituyen una sola en verdad) se dan la mano: la inteligencia y el humor. La inteligencia humorística o el humor inteligente convocan la sonrisa, no la carcajada, y alimentan más la mueca sardónica que la risotada franca. La inteligencia y el humor de Merricat Blackwood pertenecen a esa estirpe delicada y peligrosa. Uno no querría cruzarse con esta adolescente en los andenes de una estación de tren, pero no podría mirar para otro lado si esta muchacha algo repelente empezara a contarle su vida y milagros.

Como toda novela que se precie, «Siempre hemos vivido en el castillo» no agota su análisis en una dirección unívoca. Ahí radica su enigma y su grandeza. Queda, en todo caso, al cerrar este breve pero intenso volumen, la caricia que nos regalan ciertas obras maestras del suspense y la ambigüedad. Lectores de co-razón blanco, abstenerse.

Visión ácida de la vida, allí donde duele y cruje

La madrileña Inma Luna (1966), cuya trayectoria como poeta está bien acreditada en los cinco poemarios que ha publicado desde 2006, hace con este *Las mujeres no tienen...* su primera, y brillante, incursión en el relato. Luna, cuyas entradas en sus blogs *-De cerca nadie es normal* y *La salsa de la vida-* dan fe de su irreducible convicción de que, pese a su carácter efímero, la vida «da para mucho si te atreves», traslada este y otros postulados rebeldes a la ácida percepción del mundo que ha dejado plasmada en este volumen de narraciones cortas. Adoptando casi siempre un punto de vista femenino, pero sin encasillarse en él ni acantonarse en la primera persona, Luna captura la vida cotidiana allí donde crujen y duelen sus contornos y la transmuta gracias a un amplio abanico de recursos que van desde la prosa poética hasta un aparente costumbrismo que, al final, suele desmoronarse bajo el peso de una realidad desquiciada. Un volumen para degustar sin prisas, con una sonrisa que en cualquier momento puede volverse mueca.

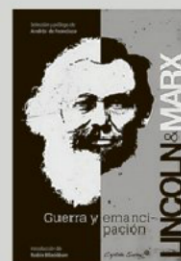


Las mujeres no tienen que machacar con ajos su corazón en el mortero

INMA LUNA
Baile del Sol
136 páginas. 12 euros

Cuando la guerra unió a Carlos y Abraham

Nada haría sospechar en principio las afinidades de pensamiento entre Marx y Lincoln que revelan los cruciales textos recogidos en *Guerra y emancipación*. ¿Qué pueden tener en común el Marx que propugna la abolición del trabajo asalariado y el Lincoln que defiende los intereses del capitalismo mercantil? Varias cosas. Por ejemplo, su actitud ante la guerra de Secesión (1861-1865) en la que el padre de la Internacional Obrera se situó junto a la Unión, seducido por su voluntad de abolir la esclavitud. Y eso, pese a que no eran pocos los núcleos obreros europeos que veían en la Confederación un régimen político más democrático. La carta de la AIT (1865) a Lincoln con motivo de su reelección grita a las claras el apoyo al Norte. Esa misiva y la breve respuesta presidencial pueden encontrarse en epílogo a un volumen cuyo núcleo lo constituyen diez textos de Lincoln—incluido su célebre discurso de Gettysburg—y otros tantos en los que Marx aborda la cuestión abolicionista, el régimen político estadounidense y la propia guerra.



Guerra y emancipación
LINCOLN & MARX
Selección y prólogo:
Andrés de Francisco
Introducción: Robin Blackburn
Capitán Swing
216 páginas. 17 euros